

MIRANDO A MARÍA DESDE PUEBLA

A veinte años del Concilio Vaticano II, el Papa Juan Pablo II ha pedido insistentemente una relectura de sus documentos a la luz de la llegada del tercer milenio y de los cambios que se han producido en la Iglesia y en el mundo. Para nosotros, el "espíritu" del Concilio pasa a través del documento de Puebla que señala caminos concretos para la nueva evangelización del continente, "en plena fidelidad eclesial en la interpretación de los signos de los tiempos en América Latina"; y como "la reflexión de la Iglesia contemporánea sobre el misterio de Cristo, y sobre su propia naturaleza la ha llevado a encontrar, como raíz del primero y como coronación de la segunda, la misma figura de Mujer: la Virgen María, Madre precisamente de Cristo y Madre de la Iglesia"¹, dentro de la celebración del Año Mariano, quisiéramos intentar una relectura de lo que el documento de Puebla nos dice sobre María, porque en la "peregrinación de la fe" del Pueblo de Dios, el *doble vínculo* que une a la Madre de Dios a Cristo y a la Iglesia adquiere un significado histórico². Los tres temas: Cristo, la Iglesia y María están enlazados uno con otro y dependen de un principio único: el de la cooperación de la humanidad a la obra de la salvación cuya virtud viene, evidentemente, de Dios³.

María ocupa un lugar importante en el documento de Puebla y la reflexión mariológica está integrada, como en *Lumen Gentium* en la reflexión sobre la Iglesia, la Iglesia concreta de A.L. de la que es un elemento "cualificador" e "intrínseco", que "pertenece a la identidad propia de estos pueblos"

-
1. Exhort. Apost. *Marialis cultus*, Intr.
 2. Encíclica *Redemptoris mater*, n° 5. En adelante la indicaremos con las iniciales *RM* y el número del párrafo.
 3. Cf. Congar, *Cristo, María y la Iglesia*. Ed. Estela, Barcelona, p. 30.

(283)⁴, que han sembrado su geografía de santuarios marianos, signos del encuentro de la fe de la Iglesia con la historia latinoamericana (282).

La mariología de Puebla está en perfecta continuidad con la del Concilio Vaticano II y da por supuesta la doctrina católica tradicional: virginidad perpetua de María (294), Inmaculada Concepción (298), Asunción (298), etc., pero su desarrollo no es sistemático, sino que destaca aquellos aspectos que le interesan, orientados a la evangelización, acentuando sobre todo el carácter "ejemplar" de María y su cooperación en la obra salvífica.

El designio de salvación que Dios ha dispuesto para A.L. está centrado en Cristo, en la Iglesia, en el hombre (165 - 169). María es el punto de convergencia de estos temas y la "pedagoga del Evangelio", "fuente de inspiración por ser la Estrella de la Evangelización y la Madre de los pueblos de A.L." (168).

Como lo afirma Juan Pablo II, María "lleva consigo la radical novedad de la fe: el inicio de la Nueva Alianza. Esto es el comienzo del Evangelio"⁵.

En el documento de Puebla, María es, sobre todo, la Madre, título estrechamente vinculado con una idea central: la de la Iglesia como Pueblo-Familia de Dios (217). Aquí encontramos las líneas más interesantes de la doctrina mariana de Puebla.

"Dios nos llama en A.L. a una vida en Cristo Jesús... La Iglesia evangelizadora tiene esta misión: predicar la conversión, liberar al hombre e impulsarlo hacia el misterio de comunión con la Trinidad y de comunión con todos los hermanos, transformándolos en agentes y cooperadores del designio de Dios" (563).

El Cardenal Pironio⁶ ha sintetizado las exigencias de la "nueva evangelización" en tres puntos:

- anunciar de nuevo a Jesucristo y Jesucristo crucificado a los hombres de hoy;
- que este anuncio de Jesús tienda a la conversión del hombre: crear el "hombre nuevo" para la construcción de una nueva sociedad;
- procurar que el fermento del Evangelio penetre todas las culturas, las asuma en su propia identidad y logre formar con todos los pueblos una nueva civilización de la verdad y del amor.

La Iglesia de A.L. quiere anunciar el verdadero rostro de Cristo (189),

4. El número entre paréntesis, sin otra indicación, corresponde al Documento de Puebla.

5. *RM*, 1.

6. Discurso de apertura del Foro Internacional por la Jornada Mundial de la Juventud, 1987.

verdadero Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos y verdadero Hombre, nacido de María, la Virgen, en la plenitud de los tiempos. María es, pues, la Mujer, testigo de la realidad de la Encarnación (301), figura concreta en quien culmina toda liberación y santificación en la Iglesia (333.- 334), imagen de la "mujer nueva", junto al "Hombre nuevo", Jesucristo, ante quienes se revalorizan los rasgos de la verdadera imagen del hombre y la mujer, con su intrínseca dignidad y se robustecen los esfuerzos de los creyentes latinoamericanos en su lucha por la dignidad humana.

El hombre ha sido creado para participar en el misterio divino de comunión en Cristo (182-184), único Mediador (213). A causa del pecado el designio de Dios se transforma en designio de salvación y liberación (187-189) a través de la muerte y resurrección de Cristo (197). Esta liberación está necesariamente vinculada a la filiación⁷ y a la fraternidad. El que es libre según el Evangelio; sólo se compromete a las acciones dignas de su Padre, Dios y de sus hermanos los hombres (204).

La presencia viva de Jesucristo en A.L. va inseparablemente unida a la de la Iglesia (221-225). El gran tesoro que ella, animada por el Espíritu y protegida por María (266, 281, etc.), debe ofrecer a los hombres de nuestro continente, es la gracia de la filiación divina (240).

María, protagonista de la historia concreta de A.L., estrechamente unida a la obra redentora y liberadora de Cristo, coopera en la tarea de engendrar por la evangelización nuevos hijos de la Familia de Dios (cf. 446). "Todos nosotros hemos sido concebidos y hemos nacido de nuestras madres; en el *Hijo de María* recibimos, sin embargo, la filiación adoptiva de Dios. Llegamos a ser hijos en el *Hijo* de Dios⁸.

La Virgen "es nuestra Madre en el orden de la gracia"⁹ por "haber cooperado con su amor"¹⁰ "en el momento en que del corazón traspasado de Cristo nacía la familia de los redimidos" (287). María, la Madre, despierta el corazón filial que duerme en cada uno y al "desarrollar en nosotros la vida del bautismo por el cual fuimos hechos hijos de Dios", "hace crecer en nosotros la fraternidad" y "hace que la Iglesia se sienta familia" de Dios (295). Como Madre está presente en el proceso de evangelización; en su silencio "sigue engendrando la Palabra de los Apóstoles y la comunión eclesial de sus discípulos"¹¹; "acogiendo privilegiadamente el don del Espíritu" hace que la "comunidad de

7. Cf. Juan Pablo II, Homilía en Corrientes, 10.

8. *Ibid.*

9. *Lumen gentium*, 61.

10. *Ibid.*, 53.

11. Card. E. Pironio, Homilía en Luján el 11-4-87.

los discípulos de su Hijo se abra misioneramente al mundo”¹² y engendre nuevos hijos” (288) a los que educa en la fe (290) y sobre los que vela solícita para que tengan vida abundante y lleguen a la madurez de la plenitud de Cristo (288). Como nueva Eva —junto a Cristo, nuevo Adán— coopera, libre y creativamente; desarrollando todas sus capacidades y responsabilidades humanas, en la obra de la redención (293) y es la presencia femenina, atenta a las necesidades de los hombres (844), hondamente humana y santa que crea el ambiente familiar, la voluntad de acogida, el amor y el respeto, por la vida (291).

Pero “el pecado está minando la dignidad humana que Cristo ha rescatado” (330), por eso la evangelización, al mismo tiempo que “da a conocer a Jesús como el Señor que nos revela al Padre y nos comunica su Espíritu”, es un llamado “a la conversión que es reconciliación y vida nueva” (352), es “liberación de lo que oprime al hombre, pero, sobre todo, liberación del pecado” (354). “La victoria del Hijo de la Mujer no sucederá sin una dura lucha, que penetrará toda la historia”¹³, también la de A.L., que se encuentra enfrentada a situaciones de hambre, de injusticia, de violencia. En el centro mismo de esta lucha está situada María, Madre del Verbo encarnado que “permanece ante Dios y también ante la humanidad entera, como el signo inviolable e inmutable de la elección por parte de Dios”, elección “más fuerte que toda experiencia del mal y del pecado, y en consecuencia, como signo de esperanza”¹⁴.

María, como Madre de la Iglesia, es también su modelo, modelo de plena comunión con Cristo (292), modelo de fidelidad en el don exclusivo y fecundo a su Señor y de servicio a los hombres (294, 300, 302), ella “conjuga en el misterio de la Iglesia esas dos realidades —que los cristianos deben reflejar en su vida— toda de Cristo y con El, toda servidora de los hombres” (294).

Ella es, sobre todo, modelo extraordinario de la Iglesia en el orden de la fe, en la que “precede” al Pueblo de Dios en su peregrinación “entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios”¹⁵ y sobre todo en la “historia interior” de cada uno de los creyentes¹⁶. Ella es la Virgen fiel, abierta a la Palabra de Dios, la perfecta discípula que se deja penetrar por el dinamismo de la Palabra y en los momentos de oscuridad no la rechaza o relega, sino que la medita y la guarda, persistiendo confiadamente en el diálogo de fe con el Dios que le habla (296). Ella es “feliz porque ha creído”¹⁷ y ha respondido “con todo su ‘yo’ humano, femenino”¹⁸. Por esto es también modelo de servicio eclesial. “María está profundamente impregnada del espíritu de los ‘po-

12. *Ibid.*13. *RM*, 11.14. *Ibid.*15. *Lumen gentium*, 8.16. Cf. *RM*, 6 y 25.17. *Lc* 1,4518. *RM*, 13.

bres de Yahvé; en el Magnificat se muestra como modelo "para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias de la vida personal y social, ni son víctimas de la alienación ... sino que proclaman con Ella que Dios ensalza a los humildes y, si es el caso, derriba a los potentados de sus tronos" (297)¹⁹. La Iglesia encuentra inscripto admirablemente en el Cántico de María su amor preferencial por los pobres²⁰ y es consciente de que "no se puede separar la verdad sobre Dios que salva de la manifestación de su amor preferencial por los pobres y los humildes que, cantado en el Magnificat, se encuentra luego expresado en las palabras y obras de Jesús²¹.

María es la "mujer fuerte que conoció la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio, situaciones éstas que no pueden escapar a la atención de quien quiere secundar con espíritu evangélico las energías liberadoras del hombre y de la sociedad"²² (302). Por eso "la Iglesia que con nueva lucidez y decisión quiere evangelizar en lo hondo, en la raíz, en la cultura del pueblo, se vuelve a María para que el Evangelio se haga más carne, más corazón en A. L." (303); de ella parte también el compromiso auténtico con los demás hombres; nuestros hermanos, especialmente por los más pobres y necesitados y por la necesaria transformación de la sociedad" (1144)²³, por la construcción de la "nueva civilización del amor".

Finalmente, María vela por la Iglesia, su maternidad "perdura incansablemente en la Iglesia como mediación intercesora"²⁴ (cf. 217, 266, etc.); su "ir al encuentro de las necesidades del hombre significa, al mismo tiempo, su introducción en el radio de acción de la misión mesiánica y del poder salvífico encaminado a socorrer la desventura humana, a liberar al hombre del mal que bajo diversas formas y medidas pesa sobre su vida"²⁵. Su intercesión poderosa permite a la Iglesia —que se sabe pequeña y limitada— "superar las estructuras de pecado en la vida personal y social" y obtener la verdadera liberación que viene de Cristo Jesús (281).

A esta protección de la Madre responde la veneración de los hijos que con "genuina piedad" (283) acuden a ella y le encomiendan el destino de nuestras naciones (289), especialmente a través de la piedad popular que se expresa en las peregrinaciones a los santuarios marianos que "son como hijos que orientan ese caminar de los hijos de Dios sobre la tierra precedidos y acompañados

19. Cf. Juan Pablo II, Zapopán, 4.

20. *RM*, 37.

21. *Ibid.*

22. Exhort. Apost. *Marialis cultus*, 37.

23. Cf. Juan Pablo II, Zapopán, 4.

24. *RM*, 41.

25. *RM*, 21.

por la mirada afectuosa y alentadora de la Madre del Redentor²⁶.

La piedad popular, a pesar de sus deficiencias, es expresión de la fe católica que ha sellado el alma de A.L. marcando su identidad histórica esencial²⁷ (445). "Esa identidad se simboliza muy luminosamente en el rostro mestizo de María de Guadalupe —y, podríamos decir, de todas las imágenes de María diseminadas en la "geografía" de la fe y la piedad mariana²⁷ de A.L.—, que se yergue al inicio de la evangelización (446).

"El pueblo sabe que encuentra a María en la Iglesia Católica", por eso "la piedad mariana ha sido a menudo el vínculo resistente que ha mantenido fieles a la Iglesia sectores que carecían de atención pastoral adecuada" (284) o que sufrían el proselitismo de las sectas.

"Mientras con toda la humanidad" A.L. "se acerca al confín de los dos milenios" y se compromete a una nueva evangelización, "la Iglesia... ve a la bienaventurada Madre de Dios en el misterio salvífico de Cristo y en su propio misterio; la ve profundamente arraigada en la historia de la humanidad, en la eterna vocación del hombre según el designio providencial que Dios ha predispuesto eternamente para él; la ve maternalmente presente y partícipe en los múltiples y complejos problemas que acompañan hoy la vida de los individuos, de las familias, de las naciones; la ve socorriendo al pueblo cristiano en la lucha incansante entre el bien y el mal, para que no 'caiga' o, si cae, 'se levante'"²⁸.

* * *

Este recorrido que hemos hecho, contemplando la figura de María a través del documento de Puebla, no pretende agotar todos los aspectos de su doctrina y se puede prolongar fructuosamente hacia una proyección en la vida personal. Sólo hemos querido, en este Año Mariano, dentro de la novena preparatoria a la conmemoración del quinto centenario de la primera evangelización de A.L., responder modestamente, a la invitación del Papa Juan Pablo II que nos exhorta a "profundizar, con toda la Iglesia, la conciencia de la presencia de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia"²⁹.

Monasterio Nuestra Señora de la Esperanza
C.C. 138
2300 RAFAELA — Santa Fe

María Eugenia SUAREZ, osb

26. Juan Pablo II, Hom. en Corrientes, 6.

27. *RM*, 28.

28. *Ibid.*, 52.

29. Juan Pablo II, Hom. durante la Vigilia de Pentecostés de 1987, con la que inauguró el Año Mariano.